

leal, que se había quedado enfermo en Morelia, llegó á Celaya en esos momentos, de suerte que pudo Corona dejarle encargado del mando del ejército de Occidente y acudir á la cita.

Eran las siete de la noche. Se vieron los dos generales en jefe que antes no se conocían, se abrazaron y se entendieron.

—Usted debe mandar el Ejército como general en jefe, dijo Escobedo.

—No señor, contestó Corona, usted es el nombrado por el gobierno y eso basta; pero además usted tiene mayores elementos que yo, usted conoce mejor el terreno y es dueño de más gloriosos antecedentes.

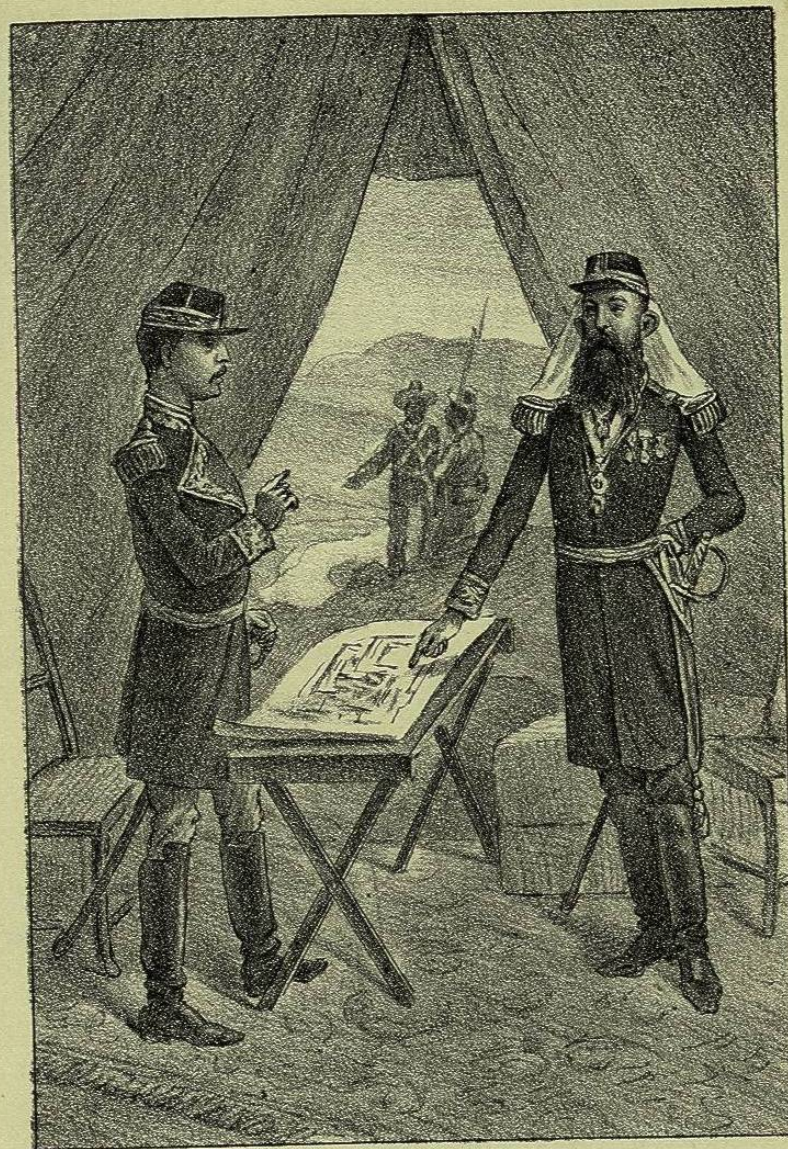
—Usted me persuade, compañero; sin embargo, no daré paso sin que nos pongamos antes de acuerdo. Ahora, ¿qué le parece á usted la situación?

—La temía hace dos días, general; pero ahora estoy enteramente tranquilo. Tengo diez mil hombres, poco más ó menos los mismos que puede mover sobre mí el enemigo; y además, estoy seguro de ser auxiliado oportunamente, de modo que puedo responderle del éxito.

—Muy bien: las noticias exactas que yo tengo de Querétaro son: que se alistan para salir. ¿Mandaré Maximiliano en persona? ¿mandarán Márquez ó Miramón? Eso es lo que ignoro; pero entiendo que meditan hacer algún movimiento sobre alguno de nosotros.

—Sobre mí, de seguro.

—O sobre mí, una vez que sería el golpe de más trascendencia. Lo más difícil, es lo que debe esperarse de Miramón.



*Los jefes de los ejércitos de Occidente y el Norte arreglando el plan de las operaciones militares.*



—Para tal evento podremos auxiliarnos mutuamente.

—Es el fin que me propuse en esta conferencia: arreglar la manera de defendernos, de seguir nuestras marchas y de combatir sobre Querétaro, si no se presenta antes la oportunidad.

—Deme usted sus instrucciones, general.

—El día 4, si aprueba usted mi plan, hace avanzar sus fuerzas hasta Apaseo, dándome tiempo para hacer avanzar las mías y ponernos en línea. No hay temor de una sorpresa, porque tengo valientes guerrilleros y partidas volantes rodeando por todos lados la ciudad de Querétaro. Aunque faltan las líneas telegráficas cualquier movimiento del enemigo lo sabremos y lo participaré á usted inmediatamente. En caso de una salida de Miramón se carga usted cuanto le sea posible hacia el flanco izquierdo para que estemos mas próximos.

—Está bien, general, todo se hará como vd. lo ordena.

—En el caso que sea de la aprobación de usted.

—Todo lo que usted propone me parece muy bien. El día 4 acamparé sobre Apaseo y allí esperaré órdenes.

—Exactamente.

Los dos jefes de los dos ejércitos del Norte y de Occidente se separaron en el mejor acuerdo, después de convenir en algunos otros detalles secundarios respecto de avisos, contraseñas, exploradores, claves, señales y servicios de correos.

El día 5 de Marzo Escobedo comunicó á Corona que Aureliano Rivera que estaba sobre Querétaro



anunciaba que el ejército imperialista había embargado todo medio de transporte, había retirado la artillería de los fuertes y se había formado en columna para moverse. En la noche por medio de otro correo se dijo á Corona que ocupara en la madrugada la hacienda de la Calera é hiciera avanzar su caballería á la Estancia de las Vacas y á la Hacienda del Castillo.

El día 6 Corona recibió aviso de que el enemigo estaba formado en batalla al pie del cerro de las Campanas: parecía que se encontraba bien fortificado.

El día 7 conforme á la combinación acordada por los gefes de los dos ejércitos republicanos, Corona se situó con algunas de sus fuerzas en la hacienda de las Vacas: la infantería, formando columna compacta, acampó en la meseta de la finca y la caballería se adelantó hasta dar frente á Querétaro, desviándose á la derecha para poder auxiliar y ser auxiliada oportunamente.

Entónces el general Corona mandó un parte á Escobedo diciéndole:

—Mis avanzadas se encuentran ya al frente del enemigo.

Escobedo se había quedado un poco atrás, pero al recibir este aviso se adelantó por la izquierda de Corona paralelamente hasta ponerse á la misma altura.

El día 8 todo el ejército republicano avanzó sobre la ciudad: el cuartel general del general Corona, se estableció en el punto llamado San Francisco.

Era el momento en que tal vez el ejército de Maximiliano iba á probar fortuna, pues se le vió hacer varios movimientos en distintas direcciones. Algu-

nas columnas salieron del recinto fortificado; pero llegaron las tropas de Escobedo uniendo su derecha con la izquierda de las tropas de Occidente y se comprendió que se había perdido ya toda oportunidad de batir en detall al enemigo. Todavía formó Maximiliano sus tropas provocando á una batalla; pero Escobedo tomó posiciones tranquilamente y entónces los sostenedores del imperio tuvieron que retirarse á resguardar las suyas. Márquez sonreía satisfecho porque ese era su plan, en tanto que Miramón se arrancaba los cabellos, viendo con dolor que el soberano se entregaba en cuerpo y alma á aquel Mefistófeles.

El 9 de Marzo de 1867 quedó establecida definitivamente la línea de circunvalación por el ejército republicano, sin que el de los imperiales pudiera impedirlo por más que estuvo, según se decía, en asecho, espionando aún cualquiera oportunidad favorable.

En la garita de Celaya, se dispararon ese día los primeros tiros entre los dragones imperialistas y los republicanos.

Estaban ya frente á frente los dos ejércitos el imperialista y el republicano para librar el combate decisivo. El día 10 se disparó el primer cañonazo.

